

El amor cortés: otro acercamiento posible a la cultura medieval

*Gloria Chicote
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria
Universidad Nacional de La Plata
CONICET*

El propósito de esta comunicación es introducirnos en la ética y en la estética del amor cortés para que la profundización de algunos interrogantes sobre el tema nos ayude a develar la siempre polimorfa cultura medieval. Con esta meta, el punto de partida podría ser interrogarse sobre ¿cómo entender el amor cortés?, ¿cómo explicar el surgimiento de formas líricas acabadas en un contexto lingüístico en formación que vacilaba entre la transmisión oral y la fijación escrita?

Para ensayar las posibles respuestas debemos efectuar distintos recorridos. En primer lugar, debemos hacer un breve pasaje por los cambios sociales, económicos y culturales operados en el siglo XII, fundamentalmente en Francia, para explicar este fenómeno de génesis literaria e interrogarse sobre su verdadero impacto en la vida cotidiana en su conjunto.³⁷⁷

³⁷⁷En este punto se impone una aclaración que es válida para toda la exposición: el amor cortés en tanto práctica (ya sea histórica o ficcional) se restringe al ámbito del estamento

En los siglos X y XI la violencia ejercida por los distintos bandos nobiliarios (jóvenes *fervestus*) en toda Europa había determinado una situación de inseguridad e inestabilidad tal, que las instituciones religiosas y laicas debieron actuar sobre el problema. Se produce una “cristianización de la violencia” que consiste fundamentalmente en un estricto calendario de abstinencia guerrera, la tregua de Dios que prohibía, por ejemplo, luchar en cuaresma, en el mes de mayo, todas las semanas entre jueves y domingos, so pena de recibir el anatema con ceremonias cuya pompa aterrorizaba al más valiente. Debido a que el sistema feudal basaba su estructura en la posesión de la tierra, uno de los mayores riesgos era la fragmentación de los latifundios y todas estas medidas tendían a evitarla. El segundo paso consiste en la “redireccionalización de la violencia” hacia el otro religioso: el mundo musulmán. Tal como lo entienden muchos historiadores, esta estrategia fue una de las principales causas de la empresa más importante de la Europa medieval: las Cruzadas a Oriente con el propósito de recuperar el Santo Sepulcro en la ciudad de Jerusalén.

Pero el propósito de propagación del cristianismo, aunque también el objetivo bélico, expansionista, comercial de las Cruzadas, cumplido más o menos satisfactoriamente en cada caso, tuvo otras consecuencias que, excedieron los objetivos directrices de la empresa. El viaje a Tierra Santa permitió el contacto de los rudos guerreros europeos con una sociedad sedentaria, afecta al ocio y al lujo como la musulmana y, paralelamente acercó a los caballeros cruzados al culto de la virgen María que se profesaba en la Iglesia de Bizancio/Constantinopla, la sofisticada ciudad que abría las puertas de Oriente.

El conocimiento de nuevas prácticas culturales condujo a un desplazamiento en el concepto de belleza, a un refinamiento, a una “feminización de la cultura”, en una sociedad caracterizada por la primacía absoluta de valores masculinos y el relegamiento total de la mujer, sobre la que inclusive, como ya es sabido, se llegó a dudar de su condición humana o se la adjetivó con epítetos tales como: so-

feudal y tangencialmente a la clerecía. Poco sabemos de las prácticas amorosas del último estrato de la pirámide feudal, el de los *laboratores*, labradores o simplemente aquellos que trabajan con sus manos, ya que de este estamento no nos han llegado testimonios.

berana peste, larva del demonio, puerta del infierno, arma del diablo, etc. (Huchet, 1987).

A partir del contacto con el culto mariano del cristianismo oriental, la condición femenina adquirió una dimensión hasta entonces desconocida: la madre de Cristo, María, había sido mujer, por lo tanto la mujer debería tener una faceta positiva, ya que no sólo una mujer había engendrado al hijo de Dios, sino que han sido y continúan siendo las madres de los guerreros y las responsables de perpetuar la especie. Esta idealización de la maternidad continuó posteriormente en la perspectiva de los poetas cortesés, ya que en plena exaltación de la figura femenina, la amante nunca es madre, porque permanece intacta e idealizada a los ojos del trovador.

Asimismo la situación misma de traslado de los guerreros a tierras remotas en viajes que duraban uno, dos o tres años en el mejor de los casos, o de los que nunca se regresaba en el peor, determinó una posición más protagónica de las mujeres feudales que debieron hacerse cargo del *domus*. En muchos casos ellas fueron las responsables del regimiento de las posesiones familiares, hecho que contribuyó a un fortalecimiento de la posición de la mujer en sistema familiar.

Leonor de Aquitania, hija de Guillermo de Aquitania, conde Poitiers, quien fue también el primer trovador, condesa de Aquitania, reina de Francia debido a su matrimonio con Luis el Santo y luego reina de Inglaterra por haberse desposado con Enrique Plantagenet, fue quizás el modelo más representativo de ese nuevo tipo femenino que fue, tal como ya dijimos, absolutamente minoritario. Entre sus múltiples actividades y decisiones políticas convocó las famosas Cortes de Amor de los poetas del mediodía francés. María de Champaña, su hija, celebró estas mismas reuniones en el norte Francia, donde también impulsó vivamente el florecer literario como protectora del primer novelista francés, Chretien de Troyes, el artífice de la historia artúrica y creador de los personajes paradigmáticos de la caballería cortés: Perceval, el caballero cristiano, Gauvain, el mejor caballero en armas y Lancelot, el caballero enamorado, amante de la reina Ginebra, quien de alguna forma legítima en la literatura ficcional el amor adúltero, en franca contradicción con las prédicas morales y religiosas.

Las Cortes de Amor eran presididas por damas de la nobleza que juzgaban casos puntuales de discrepancias entre enamorados, pero aún los críticos se preguntan si eran una de las tantas formas de entrete-

nimiento destinadas al ocio cortesano en los lugares de residencia de los trovadores o si efectivamente constituyeron espacios de discusión sobre temas de amor. Idealizadas por autores del siglo XVI y más tarde reivindicadas en el siglo XIX por el Romanticismo, quizás se magnificó su repercusión en el contexto social y hoy en día no podemos discernir si tuvieron un poder normativo social o si fueron meros juegos de corte. De hecho contamos con un tratado de la época, el *Tratado sobre el amor* de Andreas Capellanus, que documenta una detenida preceptiva del amor cortés y una casuística con fallos y sentencias referidos a temas concretos de diferencias entre los amantes. La máxima número 10, por ejemplo, sentencia “Trata siempre de ser digno de pertenecer a la caballería del amor”.

El amor cortés puede definirse como una relación desigual entre un caballero y una dama de condición social más elevada que homologa, en forma invertida, la relación vasallástica, esta es la causa de que en la mayoría de los poemas la amada está invocada con un tratamiento masculino. La dama está desposada porque accedió al matrimonio de la forma en que estaba establecido en la organización de la sociedad feudal, como práctica de alianza entre los miembros de la nobleza. La esencia misma de esta práctica, un matrimonio concertado previamente por los padres, determina que el amor necesariamente estuviera ubicado fuera de la institución matrimonial. La dama es casada, por lo tanto la relación adúltera debe ser secreta, y el amante trovador debe comunicarse con ella críticamente a través de la “señal” que envía en su poema. En la devoción del amante la amada es inalcanzable. Arnaut de Mareuil expresa: “Yo amo más el deseo de vos que de tener de otra todo lo que recibe un amante”.³⁷⁸ Y un poema de Jaufré Rudel, el observador inmóvil, manifiesta: “Lejos está la torre donde ella yace con su marido Porque mi corazón no tiene alegría de ningún amor, sino del que nunca vi”.

Georges Duby, el recordado historiador de la escuela de los *Anales*, en su libro *Mâle Moyen Âge*, que puede ser traducido como *Edad Media Machista*, sostiene que este juego nunca dejó de ser un juego de hombres: “Rechazo sin ninguna duda las interpretaciones que han

³⁷⁸ Todas las citas de poemas están tomadas de Alvar (1999).

visto en el amor cortés una invención femenina. Era un juego de hombres” (Duby, 1988: 76).

La imposibilidad intrínseca de ese amor, sólo remite, según Duby, a la necesidad de los jóvenes caballeros de acercarse a su señor a través del servicio galante de la dama. En este fin último, las mujeres son sólo “extras” en la escena, como lo fueron en la vida real del siglo XII. El señor, detrás de la escena, sigue gobernando las peripecias de la acción.³⁷⁹ Desde una perspectiva que focaliza los componentes masculinos de la cultura feudal, el amor cortés es la contraparte del torneo, y como éste último tiene una función educativa: igual que en el torneo, en el amor cortés el joven arriesga su vida con la intención de perfeccionarse, de acrecentar su valor, su premio (el galardón de su dama), pero también de tomarla, de vencerla, de capturar a su adversario después de haber roto sus defensas. Si ahondamos en estas implicancias podemos pensar que en el plano ideológico el amor cortés también enmascara una faceta misógina del sentido de “amistad” que procede de la antigüedad y llega a la modernidad, a través de la Edad Media.

En esta estructura rígida, *la fin' amors* es indudablemente un juego en el que el terreno no es el de las obligaciones y las deudas sino las aventuras de libertad. Pero por más que se predique la libertad de amores adúlteros, el código de Andrés el Capellán es un código de restricciones, un código que enseña al amante a contenerse, a acariciar el deseo para que alguna vez, eventualmente, pueda alcanzarlo, de la misma manera que los moralistas de la Iglesia enseñaban la continencia y la abstención en la relación matrimonial. En este sentido, es un código que ritualiza el deseo, lo espiritualiza, lo abstrae, lo aleja de su concreción, quizás con el propósito de diferenciar la sexualidad de la nobleza de la sexualidad “animalizada” tal como se denomina reiteradamente en tratados de la época, de la gente común. Por estas razones el amor cortés fue según Duby absolutamente funcional al sistema feudal: enseñaba a servir, a ser sumiso, a esperar, contribuía al

³⁷⁹ De hecho, Guillermo, el padre de Leonor, en sus épocas de juventud actuó como trovador el juego de la galantería, pero finalmente fue expulsado por su señor cuando efectivamente se concretó la seducción a la señora.

desarrollo de prácticas sedentarias alrededor de las cortes, controlaba el accionar de tantos jóvenes violentos en búsqueda de mujeres, a través de las cuales conseguirían castillos, territorios y fortunas.

Tal como adelanté al comienzo de estas observaciones el amor cortés fue cantado por los trovadores. Desde comienzos del siglo XII hasta el final del XIII, los trovadores elaboran una erótica que por primera vez tematiza a la mujer a la vez que la instala en el lugar del otro. La mujer deviene un objeto literario, la ocasión de un discurso masculino que se sostiene en el mismo enigma de la femineidad.

Los trovadores, en algunos casos misóginos y obscenos como Guillermo IX de Aquitania, conde de Poitiers, y Marcabru, o *fin amant* como el tímido Arnaut de Mareuil, perfeccionan un complejo discurso sobre el amor en el que esta insatisfacción se manifiesta desde diferentes perspectivas. En una exacerbación de esta mística del amor, dice Rigaut de Barbezieux:

Yo me parezco a Perceval quien miraba fascinado la lanza del Grial al punto que no se atrevió a preguntar a quienes servía. Así, “Mejor que dama”, cuando yo veo vuestro cuerpo gracioso, pierdo de igual modo el sentido en contemplarte.

De hecho, prácticamente todos los poemas fueron cantados por hombres, y el deseo que celebran es en todos los casos un deseo masculino, pero los trovadores dicen recibir la inspiración de su dama, de ella viene la palabra que le dirigen. Bernard de Ventadorn, quizás el mejor representante místico de la *fin’ amors*, expresa esta única posibilidad de retroalimentación de este modo:

Bajo muchas formas vuelve y retorna mi deseo, va y viene del lugar donde él aspira.

En este sentido, algunos estudiosos como Jean Charles Huchet sostienen que los trovadores no inventaron el amor sino una forma de decirlo para no hacerlo. Un discurso sobre el amor más que un arte de amar, la *fin’ amors* devela y enmascara al mismo tiempo una verdad: la femineidad aparece como un exceso en el que el hombre ve la insuficiencia de su propia sexualidad. Es un arte de poner distancia con la mujer a través de las palabras. El acto sexual se transforma en una promesa insoportable que la lengua poética asegura mejor que el cuerpo. La Dama ideal está ausente, por lo tanto el trovador cubre esa

distancia con un canto en el que el deseo no arde menos que las palabras. El título del libro de Huchet es *L'amour discourtois*: este amor es descortés no sólo por su imposibilidad de concreción sino porque se basa en un relación de subordinación de los sexos.³⁸⁰

En este conjunto de reflexiones sobre la teoría cortés, cabe preguntarse si los contenidos de los poemas tuvieron un referente real. La documentación literaria e iconográfica no nos permite zanjar la duda de si efectivamente hacían el amor los trovadores, pero si queremos ilustrar estas prácticas con referentes históricos, sin lugar a dudas los que más se aproximaron a la concreción del modelo cortés fueron Abelardo y Eloisa. Nos llega el intercambio epistolar de esta gran historia de amor protagonizada por un clérigo, o sea por un letrado y una joven de la nobleza, con un final trágico, él castrado y ella enclausurada. La sexualidad, considerada negativamente, se erige en el transcurso de la Edad Media en la barrera que separará a los puros de los impuros, al clero de los guerreros y el pueblo, por supuesto, no cuenta en este esquema.

Concluyo este recorrido a través de las diferentes interpretaciones de la entidad del amor cortés en la cultura medieval inclinando mi opinión hacia las hipótesis que lo restringen a la esfera ficcional, en tanto creación literaria y no como reflejo de prácticas cotidianas, aunque, al mismo tiempo, creo que en este caso no debe ser minimizado en modo alguno el poder de interacción que la literatura tuvo con la vida real. La violencia guerrera del feudalismo pudo coexistir muy bien en la literatura con la exaltación de la femineidad, la castidad y la pasión propia del amor cortés y los procesos culturales determinaron que lentamente, la relación de inequidad entre los géneros característica de la cultura feudal se fuera revirtiendo. En este camino, la nobleza que regía el destino de la sociedad medieval, exaltó la posibilidad de enaltecer el amor heterosexual, pero también tuvo ocasión de aprehender algunas conductas difundidas en las clases populares

³⁸⁰ Para Arnaud Daniel, la dama es alegoría, aspecto que estudia lúcidamente Julia Kristeva (1987). La interpretación alegórica nos conecta con otro tema subyacente en la poesía cortés que es su relación con mensajes cifrados y el desarrollo de sectas heréticas, cátaros y albigenses.

que despreciaban. Por ejemplo, los hombres y mujeres de pueblo que no debían proteger latifundios ni preservar linajes, siempre supieron que se podía elegir libremente al cónyuge y que el amor podía no ser un deseo adúltero eternamente insatisfecho, sino un sentimiento convergente con la vida familiar. Lentamente se fue ensayando la posibilidad de vivir un amor feliz sin escisiones y sin restricciones múltiples. Pero todos sabemos que el amor feliz escasamente es materia literaria y que, además, a pesar de los bellos poemas escritos desde el siglo XII hasta nuestros días, la mirada femenina de la cultura representa aún una focalización difusa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Alvar, Carlos (ed.), *Poesía de trovadores, trouvères, minnesinger*. Madrid, Alianza, 1999.
- Ciordia, Martín José, *Amar en el Renacimiento*. Buenos Aires, UBA, 2004.
- Dronke, Peter, *La lírica en la Edad Media*. Barcelona, Seix Barral, 1983.
- Duby, Georges, *Mâle Moyen Âge*, París, Flammarion, 1988.
- Huchet, Jean-Charles, *L'amour discourtois*. París, Bibliotheque Historique Privas, 1987.
- Kristeva, Julia, *Historias de amor*. México, Siglo XXI, 1987.
- Lafitte-Houssat, Jacques, *Trovadores y cortes de amor*. Buenos Aires, Eudeba, 1965.
- Lewis, C. S., *La alegoría del amor*. Buenos Aires, Eudeba, 1953.
- Peltzer, Federico, *El amor creación en la novela*. Buenos Aires, Columbia, 1971.
- Simonnet, Dominique et al., *La más bella historia de amor*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Varvaro, Alberto, *Literatura románica de la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1983.